EL DESPERTAR DE JACOB

Jacob, un niño de nueve años, vivía una vida como la de cualquier otro niño. Se divertía, jugaba y, como todos, nunca pensó que algo podría cambiarle la vida. Sin embargo, sus padres peleaban constantemente, sin encontrar ni un momento de paz. En la escuela, también sufría acoso: lo molestaban, lo golpeaban y lo perseguían sin piedad. Como todo niño inocente, no entendía realmente lo que estaba ocurriendo.

Un día, mientras viajaban en auto hacia la escuela, sus padres discutían fuertemente. Su madre, al volante, perdió el control y chocó contra dos autos. Las autoridades llegaron rápidamente, pero aunque lograron sacar a Jacob, sus padres no sobrevivieron a ese fatídico accidente. El niño quedó en coma, internado en el hospital.

Durante su primer día en coma, Jacob no entendía qué estaba pasando. En su mente, se formaba un paisaje extraño: un bosque rodeado por otros cuatro lugares. Estos organizados de la siguiente forma: el bosque de pensamientos, seguido del mar de llanto, luego el desierto de sufrimiento y, finalmente, el oasis de recuerdos.

Confuso y atrapado en sus propios pensamientos, Jacob comenzó a llorar. Pero en ese momento apareció una pequeña nube llamada Bidet, que podía hablar. Con una voz amable y cálida, Bidet le dijo:

—Hola, Jacob. Soy Bidet, y te acompañaré donde sea que vayas.

Jacob, con lágrimas en los ojos, la miró y le preguntó:

—¿Quién eres y por qué quieres ayudarme?

Bidet respondió con una sonrisa:

—Porque soy tu amiga, y estoy aquí para acompañarte. Puedes confiar en mí.

Bidet secó las lágrimas de Jacob y lo animó a entrar al bosque de pensamientos. Mientras caminaban, Bidet le explicaba todo lo que veían. Con cada paso, los pensamientos de Jacob se volvían más intensos. Empezó a imaginarse una vida sin padres, y pensó en convertirse en alguien popular, que molesta a los demás. Bidet, al ver esto, le dijo:

—¿De verdad quieres eso?

Jacob, firme, respondió:

—Sí, siempre me han tratado mal mis padres, así que no los necesito. Quiero ser popular y fuerte para molestar a los débiles.

Bidet lo miró con ternura y le dijo:

—Eso no es correcto. La popularidad no se gana haciendo daño a los demás. Solo te lastimas a ti mismo cuando buscas la aprobación a través de la crueldad. Y aunque tus padres discutan, no significa que no los necesites. Muchas personas ni siquiera tienen la oportunidad de tener padres como los tuyos. Las peleas, aunque duras, a veces unen a las personas, porque son señales de confianza.

Jacob, enojado y en silencio, continuó caminando. Entonces, de repente, se le ocurrió una idea impulsiva: imaginó un puma mucho más rápido y sigiloso que cualquier otro. Al instante, el puma apareció frente a ellos, hambriento. El miedo los hizo salir corriendo, y el puma los persiguió. Jacob, en un impulso, pensó en una moto que pudiera alcanzar los 200 km/h, y en un abrir y cerrar de ojos, la moto apareció.

Bidet, con calma, le dijo:

—Estamos cerca de salir del bosque.

Ambos saltaron desde un acantilado con la moto, pero justo cuando estaban a punto de caer, Bidet se transformó en una nube gigante, y pudieron aterrizar con seguridad. Desde el suelo, observaron cómo el puma se alejaba, derrotado. Bidet le dijo a Jacob:

—No seas tan irresponsable con lo que imaginas. ¿Sabías que si mueres aquí, también lo harías en la vida real?

Jacob asintió con la cabeza, comprendiendo el peligro. Ahora, estaban en el mar de llanto. Bidet le advirtió que no sería seguro entrar, pero Jacob, decidido, dijo:

—Tengo que hacerlo. No importa el riesgo, lo voy a hacer.

Bidet, aunque preocupada, lo acompañó. Jacob imaginó un barco, y al instante, apareció. Bidet le recordó que debía usar su poder con responsabilidad. Mientras navegaban, vieron tres islas que reflejaban los tres momentos más dolorosos de la vida de Jacob. Si no las atravesaban, no podrían seguir adelante.

La primera isla se llamaba "Pelea Familiar". Allí, Jacob veía cómo sus padres se peleaban todos los días, sin encontrar paz. Bidet le dijo:

—Estas islas están destruidas. Tienes que empezar a imaginar cómo sería tu vida con los padres que siempre quisiste.

Jacob, con esfuerzo, comenzó a imaginar a sus padres abrazados y pidiéndole perdón. Al ver esto, empezó a llorar. Bidet, con una sonrisa, le dijo:

—Esta isla ya está arreglada. Vamos a la siguiente.

En la segunda isla, Jacob vio cómo lo golpeaban en la escuela. Bidet le dijo:

—Lo siento mucho, Jacob. Solo tenías nueve años.

Jacob, entonces, imaginó que todos eran sus amigos, y que nada de lo que había pasado en el pasado seguía siendo así. Avanzaron hasta la última isla, donde ocurrió el trágico accidente. Jacob imaginó un día perfecto, en el que nada de lo sucedido había ocurrido. En ese momento, Bidet, entre lágrimas, dijo:

—Jacob, vamos, solo tenemos que cruzar este mar y estaremos listos.

Jacob no dijo nada, pero siguieron adelante. De repente, un fuerte huracán los atrapó, dejándolos varados en una isla desconocida: la isla de la vergüenza. Jacob se vio a sí mismo, avergonzado de todo: de cómo lo molestaban, de cómo se sentía con sus padres, y de cómo era. Pero Jacob, con determinación, imaginó que nada de eso había sucedido, que no lo molestaban y que sus padres eran amorosos. Así, avanzaron hacia el desierto de sufrimiento, donde cactus solitarios se movían. Si uno de esos cactus los pinchaba, sería difícil escapar, pues Jacob comenzaría a recordar su sufrimiento.

Sigilosos, lograron pasar sin ser detectados, pero el rugido del puma los alertó. Este los persiguió, y los cactus despertaron. Jacob y Bidet comenzaron a correr, perseguidos por los cactus, hasta que llegaron al oasis de recuerdos. Estaba ubicado sobre una nube, y tenían que saltar. El puma se interpuso, pero a pesar del peligro, saltaron. No llegaron del todo, pero Bidet se transformó en una nube gigante y los rescató.

Desde allí, vieron cómo el puma era perseguido por los cactus. Jacob, por último, decidió ayudar. Se transformó en un águila y, con su nueva forma, rescató al puma, quien le agradeció trayéndole una rama en forma de corazón.

En el oasis de recuerdos, Jacob vio su vida, y Bidet le dijo que si tomaba agua del lago cristalino, despertará. Jacob, agradecido, le dijo:

—Bidet, fuiste mi único amigo. Gracias por todo.

Al mirarse en el agua, Jacob vio su reflejo: ya no era un niño, sino un adulto de 18 años. A lo lejos, vio su silueta infantil y fue a abrazarse a sí mismo. El niño le dijo:

—Ya no soy pequeño. Ahora soy un adulto, y quiero que vivas tu vida como un adulto. Siempre recuerda quién eres.

Jacob asintió, y al beber del agua, despertó en el hospital. Rebuscó en su bolsillo y encontró una rama en forma de corazón, ligeramente mojada. Se levantó, y nadie podía creer lo que veía. Jacob, al regresar a casa de sus abuelos, encontró una carta que decía:

—Te pudimos ver crecer, y esperamos que nos puedas ver morir. Fuiste un niño muy feliz, y ahora eres un adulto. Recuerda siempre tus días malos, y lo que hubieras hecho como un niño.

**Gama 15**